



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10754

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 9 DE SEPTIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y á plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS  
CARILLO Y REYES LURBE  
12, CASTELLINI, 12

## IMPRESIONES

Ni la doble guerra que sostienen afrente los mares, ni la crisis económica que tiene exhaustos los bolsillos; ni el mal humor que nos domina al pensar que no se ve remedio inmediato para los males que afligen la nación, son causas bastantes para retraernos de la afición á los toros.

El extranjero que hubiera estado ayer en la estación de Cartagena y no conociendo a estas desdichadas mujeres presenciando la salida de dos larguísimo trenes, á doble tracción; pistoreos de gente ansiosa de divertirse, hubiera exclamado al ver la animación y la alegría que por doquiera reinaba:

—He aquí un pueblo feliz, que no tiene penas y nada en oro.

Y no le faltara razón, al extranjero, porque si la cara es el espejo del alma, la de la multitud de expedicionarios que fue ayer á Murcia á ver los toros, rebosaba satisfacción grandísima. En cuanto á nadar en oro, no es verdad, pero lo parece, pues nos damos tal maña á gastar dinero, que no parece sino que somos poseedores de la fortuna cuando en realidad nos están haciendo falta cinco pesetas para tener un duro.

Peró es tan tentador el viaje á Murcia en tren de toros que el que tiene gasta y el que no tiene busca dinero para hacerlo.

La cita por la mañana en el café la tarriana que nos lleva á casa pe á la estación; la compra del billete,

más difícil que el paso de las Tormopilas; las poblaciones inmediatas á la vía agrupándose junto á ésta para ver pasar en vertiginosa carrera la monstruosa serpiente de férreos anillos; el descanso en Balsicas para poner en la caldera humana combustible; la subida sin fin de Los Puertos que parece que no acaba nunca; la entrada en la huerla, por entre cuyos árboles se deja entrever la larga silueta de la ciudad murciana con sus múltiples campanarios y su torre altísima; la llegada á la estación, que parece en estos días sucursal de la célebre torre de Babel, porque todos gritan y nadie se entiende, todo eso pasa vertiginoso, dejando en el cerebro huella profunda y el corazón sediento de nuevas emociones, que solo se repiten cada vez que la empresa pone un tren de toros.

El viaje es incómodo. Estivado entre viajeros numerosos que llenan los asientos y los estribos del coche, llegase á Murcia después de cuatro interminables horas de camino, que descompen cada lunes y cada martes al más paciente viajero; pero eso no pasa con los días de gala con uniforme, es decir, cuando torea el Guerra ó mala Mazzantini ó se exhiben Fuentes ó Bombita en la plaza de Murcia, en loques van los cartageneros á la capital de la provincia alegres y satisfechos aunque sea amontonados como naranjas.

Ayer formaba la vanguardia del tren un vagón de mercancías ocupado por más de cien personas.

Peró es lo que dirían los que tuvieran la ocurrencia de viajar de tal modo:

—Mientras haya en el bolsillo una moneda para tomar un trago en la cantina y vaya en el vagón individual que explote el chiste y nos haga reír quién se acuerda de las comodidades ni del sol de justicia que nos ponia el rostro?

## GLORIAS NACIONALES

### HEROICIDAD DE ROGER DE FLOR

9 de Septiembre de 1902

Corría el año 1902, y en la histórica isla de Sicilia se batían con encarnizado arrojo franceses y españoles, dando motivo la bazarra de ambos á hechos cuyo recuerdo será imperecedero para gloria de sus respectivas banderas.

En una población de Sicilia, sitiada por los franceses, hallábanse encerrados y en grave aprieto unos 800 soldados catalanes al mando de D. Blasco de Magón. Los franceses apretaban de día en día el cerco, y los catalanes por esta razón, y por ser mucho más inferiores en número y pertrechos, veían á pasos agigantados empeorar su situación y aproximarse la hora del asalto, y más desde que el enemigo estableció dos baterías en sitio desde el que imponentemente lanzaba bombas á la plaza, que destruían edificios y hacían bastantes bajas á los defensores.

Comprendiendo D. Blasco que tal estado de cosas no podía prolongarse por mucho tiempo y que á la postre tendrían que rendirse ó hacerse matar en el asalto, reunió á todos los oficiales que tenía á sus órdenes y les expuso la necesidad de tomar una resolución que hubiera término al sitio. Antes de que ningún oficial pudiera usar de la palabra, el teniente Roger de Flor se adelantó hacia su jefe y le dijo:

—Puesto que esas dos baterías de los cerros son las que más daño nos hacen, si conseguimos destruirlos alcanzaremos un gran triunfo. Pues yo, en unión de diez soldados que escogeré, me comprometo á destruirlos.

La energía y decisión con que el bravo Roger hizo su ofrecimiento llenó de confianza á cuantos le escucharon, y seguidamente dio á conocer su plan, que obtuvo la aprobación de todos.

Escogió diez almogavares, y después de decir á D. Blasco que tan luego oyera en el campo enemigo una detonación seguida de un incendio se lanzara sobre los franceses con todas sus tropas, abandonó la plaza con los diez soldados.

Próximamente á las siete horas de haber salido Roger de la ciudad, se eg-

cuchó en ésta una detonación y se vio arder el parque de los franceses. Como Roger había dispuesto, aprovechando la confusión del enemigo, los catalanes cayeron sobre sus sitiadores, causándoles muchos destrozos y rompiendo el cerco que por tanto tiempo les había aprisionado.

Los cañones fueron clavados y las baterías destruidas; pero de los once hombres que salieron de la plaza á emprender tamaña empresa, sólo volvieron dos: Roger de Flor y Ferrich Carles.

CESAR.

(Prohibida la reproducción).

## LA FIEBRE DE ORO

No se trata del oro... digerible, sino del reciente descubrimiento de una mina en el Alaska, que hace correr á aquel extremo límite de la América del Norte, miles y miles de aventureros, los cuales, no hallando en su patria la manera de ganarse la vida, se dirigen, ávidos de poseer el metal precioso, omnipotente, á buscar las comodidades y la opulencia en aquel frío suelo.

No será, pues, inoportuno en este momento, recordar como, desde hace dos siglos, estos espejismos aureos han causado la emigración de muchos centenares de millares de personas.

Cuando Pedro el Grande, hacia las postrimerias del siglo XVII, autorizó las excavaciones y la explotación de las minas del oro del Ural, cincuenta mil europeos se movilizaron.

Cuarenta años más tarde, el descubrimiento de una pepita de 29 kilogramos en el Perú, llevó á aquella región sudamericana 60 mil emigrantes.

Peró sólo hasta 1850, cuando se descubrieron los primeros yacimientos californios, ocurrió el más formidable éxodo de aventureros que la historia registra.

En menos de un año, un millón de mineros se dirigieron en masa hacia los distritos auríferos.

Más de 40.000 no volvieron á ver su patria y dejaron los huesos en California.

Y aun de aquellos mismos que se di-

rigieron al Ural y al Perú, bien pocos regresaron á morir bajo el cielo nativo. Cada día estallaban sangrientos conflictos entre aquellas hordas llegadas desde todos los puntos del globo.

Algunos morían bajo el puñal del asesino, del traidor que quería aprovecharse del fruto de los sudores y de las improbas fatigas de su compañero de mina; otros morían de hambre á lo largo del camino; y otros eran asesinados por las bandas de salvajes del Utah y del Nuevo Méjico.

No pocos de los buscadores de oro morían por las increíbles privaciones y las penalidades á que habían debido someterse, al llegar al término de su viaje, después de haber recorrido á pie de 20 á 30.000 kilómetros.

Los yacimientos de la California fueron, no obstante, de provecho á los supervivientes.

Veinte y dos años después de su descubrimiento, habían sido extraídos por valor de seis mil millones en oro.

Se repetirán ahora en las minas tan decantadas del Alaska, las negras tragedias del Ural y del Perú y de California.

No hay que hacerse ilusiones. En cuarenta y siete años el soplo potente de la civilización ha penetrado entre las condiciones casi bárbaras entre las que se hallan los aventureros europeos.

Peró las humanas pasiones han permanecido como eran hace medio siglo; y dado que la mayoría de los que se dirigen al Alaska, son la hez de la sociedad, se repetirán desgraciadamente, aun en este último período de siglo.

Ya empiezan á oírse las lamentaciones.

Noticias llegadas á Vitoria, dicen que 5.000 buscadores de oro que se encaminaban á otros yndios, á causa de deprendimientos colosales de tierra producidos por las últimas lluvias, han quedado prisioneros en el valle del Yukon, entre Skaway y el lago Tegish, y se encuentran en condiciones sumamente graves, por verse obligados á pasar todo el invierno en aquel valle desolado; lo que representa para una buena parte de los aventureros una muerte segura, si no hay medio de socorrerlos á tiempo.

Junto con el anuncio de este desas-

### CARLOS II EL HECHIZADO 755

—Se llama Enriqueta Ponzos.  
—¿Es la hija del comendador?  
—Si señor.  
—Ya tengo antecedentes. Es una niña de una virtud intachable.  
—En efecto.  
—Entonces no perdamos tiempo. ¿Qué hace es?  
—Las nueve, contestó Eguía mirando la muestra del reloj.  
—¿Y cuándo principia el baile?  
—A las diez.  
—Entonces es conveniente que averigües si la reina se ha acostado; y si no, en el mismo tiempo que me halla un poco indispueto. Es preciso extinguir todas las sospechas.

—En seguida buscamos en mi guardatropa el traje que hemos escogido; y después que nos disfrazamos bajaremos por la escalera secreta que servía á mi padre para sus aventuras. ¡Oh! si quiera me divertirá alguna vez.

Eguía obedeció puntualmente todas las instrucciones de su amo.  
En el corto tiempo que estuvo solo el rey tembla-

### BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 754

una entonación tan vehemente, que el rey, no pudo menos de reírse.  
—El aprecio que me tienes, dijo, te hace exagerar demasiado.  
—Riase V. M., contestó Eguía, pero el tiempo le hará conocer que solo digo la verdad.  
—Bien, prosiguió Carlos, cuya voz trémula se hizo temblorosa en aquella ocasión, pero vamos á otro asunto.  
—Haré lo que sea de vuestro agrado.  
—Sabes si esa joven va al baile de la marquesa?  
—Si, señor.  
Un relámpago de alegría inundó el pálido rostro del rey.  
—De positivo?  
—De positivo.  
—¡Oh! entonces es menester que la halle.  
—Si V. M. deja ese asunto á mi cuidado...  
—¿Por supuesto que la conocerás?  
—Lo bastante para que esté V. M. contento.  
—Debo estarlo, Eguía. ¡Oh! dame pormenores.  
—Creo que tuve el gusto de decir á V. M. como se llamaba?  
—Tengo una fatal memoria.... No recuerdo. Dímelo ahora.

### BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 751

Carlos II se levantó de su asiento y principió á dar paseos por la habitación.  
—¡Oh! ¡Cómo me he exclamó con si hubiera consigo mismo; acaso alguna mirada suspicaz penetra más de lo que permite la careta y descubra mi excurción al baile de la marquesa. ¿Y qué me importa? ¿Sería la vez primera que un rey haya asistido á estas reuniones donde se congrega lo más lustre del reino. No. La vida de mi padre está enajada de aventuras de este género. Yo soy joven; hasta ahora solo me he ocupado de los asuntos del reino. ¡Oh! divertámonos.  
Eguía lanzaba á cada frase del rey una mirada de placer.  
—Veo, señor, que últimamente entra V. M. en el verdadero camino. ¿Con que es cosa rebueta?  
—Resuelta.  
—¿Y qué traje intencas llevar? preguntó Eguía sin respirar apenas.  
—¡Traje! ¡Oh! éste es un asunto de los más delicados. Piénsalo tú.  
—Voy al punto, prosiguió el astuto Eguía poniéndole un dedo en la frente.  
—¿Lo has discurrido? preguntó el rey después de un rato.  
—Si, señor.